

ANÁLISIS

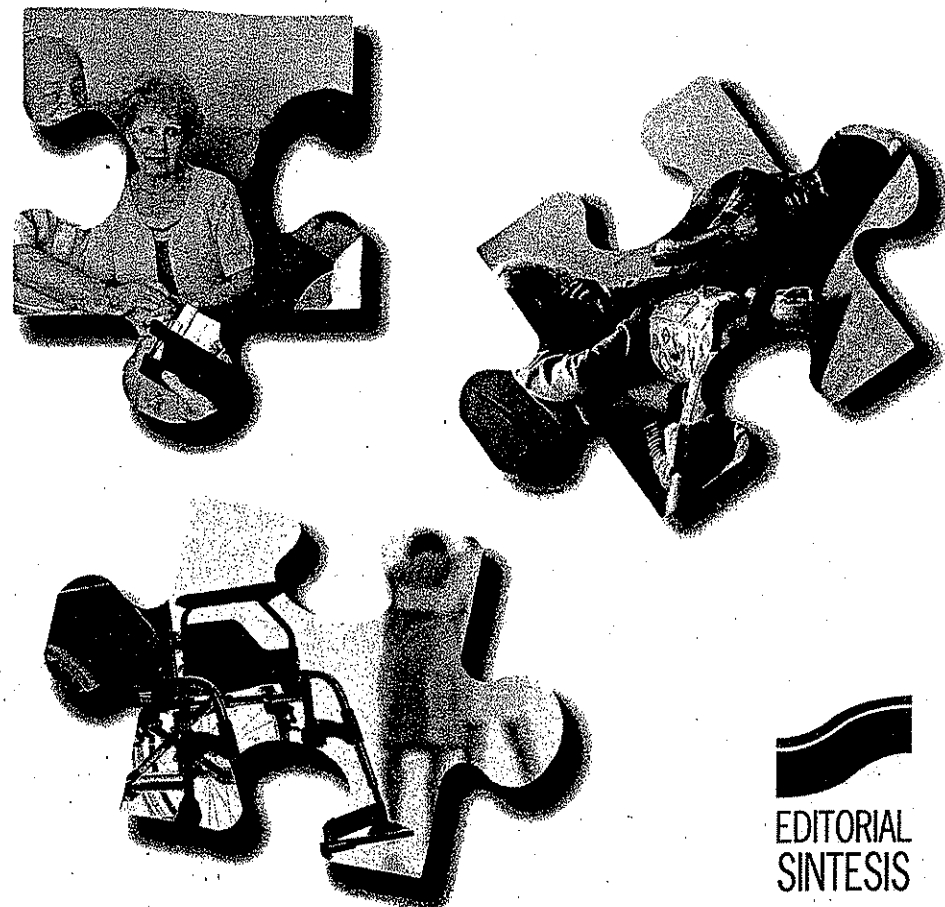
E INTERVENCIÓN

SOCIAL

Luis Fernández Ríos
José Antonio Gómez Fraguela

LA PSICOLOGÍA PREVENTIVA EN LA INTERVENCIÓN SOCIAL

FOTOCOPIADO
C.E.Psi
Psicol. preventiva
Folio 3 SF DT 5



EDITORIAL
SINTESIS

.....

.....

.....

.....

Construcción social y Ciencia de la Prevención

L
1

El objetivo del presente capítulo es el de establecer el marco general dentro del cual se debe desarrollar la teoría y la práctica de la Ciencia de la Prevención. Se empieza por argumentar que las condiciones de vida e incluso, las características centrales de la personalidad de los individuos son fruto de un proceso de construcción social. Este proceso influye de forma determinante en el establecimiento de las funciones psicológicas superiores; en el tipo e importancia de las necesidades de las personas; en la priorización de los problemas sociales que consideran relevantes y además, en el tipo de soluciones propuestas para solventarlos. Pero ese determinismo social no es absoluto. Las personas o las comunidades pueden manifestar cierto malestar sociocultural y emprender acciones para cambiar la situación en la que les ha tocado vivir. Esto es lo que posibilita hablar de responsabilidad individual o colectiva en la determinación de la conducta. Sin el reconocimiento de cierto grado de libre albedrío no tendría sentido hablar de ningún tipo de intervención social. Tampoco de la Ciencia de la Prevención en la que se centra este libro.

1.1. Construcción social de la realidad

La naturaleza del ser humano es intrínsecamente social. La herencia cultural determina de forma muy importante cómo piensan, sienten o se comportan los individuos. La cultura está constituida por un repertorio de modos o estilos de pensar, sentir, valorar o comportarse generacionalmente transmitidos. Incluso, los mecanismos psicológicos superiores surgen en gran parte como resultado de un proceso de construcción social. La realidad psicológica del ser humano es el resultado de su historia sociomaterial. Su génesis es interpersonal, y sólo después de que hayan actuado los mecanismos de socialización y se hayan interiorizado sus resultados, adquieren una dimensión intrapersonal. La concepción del ser humano como resultado de la construcción social supone que las personas nacen, crecen, viven y mueren en un contex-

to sociomaterial específico condicionado históricamente. Son esas condiciones las que, en gran medida, determinan la configuración de los procesos psicológicos.

Pero este determinismo social no debe ser confundido con una concepción del hombre como un ser pasivo que se encuentra indefenso ante los condicionantes externos. Las personas son eminentemente seres activos que, partiendo de la herencia sociocultural recibida, pueden influir en su futuro a través de sus decisiones y sus conductas. Estas elecciones no sólo son relevantes en la determinación del futuro individual, sino que pueden también tener un importante impacto a nivel social. Es dentro de esta concepción general del ser humano como un ente activo, donde tiene sentido hablar de una intervención social y, específicamente, de una Ciencia de la Prevención orientada a modificar el estado actual de las cosas. Se debe admitir que el medio heredado condiciona en gran parte la aparición de problemas en la vida de las personas. Esa herencia cultural debe ser tenida en cuenta a la hora de diseñar programas de prevención con las mínimas probabilidades de éxito. Pero el diseño de cualquier intervención dirigida a promover el cambio lleva implícito asumir que la sociedad en su conjunto, y las personas individualmente, conservan cierta capacidad para cambiar esa herencia recibida.

1.1.1. Construcción social de las necesidades

Mucho se ha escrito y se continúa escribiendo acerca de cuáles son las necesidades humanas básicas. Aunque se suele distinguir entre las de naturaleza biológica y las sociales, tanto en un caso como en el otro, la satisfacción de esas necesidades viene condicionada por la realidad sociomaterial vigente. Es esa realidad construida la que impone a los individuos la forma de satisfacerlas. Pero el sistema no se conforma con eso, va más allá creando toda una serie de necesidades artificiales que se convierten en mecanismos de control social. Cuando le interesa al sistema, a los grupos con poder dentro del sistema, se crean y activan unas necesidades determinadas, y cuando no resulta pertinente se mantienen ocultas. Nadie ha expresado esto tan claramente como Marx (1975: 131) cuando escribe: "Todo hombre especula con crear al otro una nueva necesidad para obligarlo a un nuevo sacrificio, para colocarlo en una nueva relación de dependencia e inducirle a un nuevo modo de disfrute y, por ende, de ruina económica".

En un sistema como el actual, donde uno de los principales valores es el consumo, la creación de necesidades superficiales se hace especialmente relevante. Así, los que poseen el poder utilizan esta estrategia como un medio para generar y perpetuar las diferencias. Las necesidades creadas condicionan en muchos casos la conducta de las personas con más fuerza que otras más primarias. La satisfacción de esas necesidades se convierte en una señal de identidad, un indicador de éxito, un símbolo del estatus social. Esta perspectiva también afecta directamente a la teoría y la práctica de la Ciencia de la Prevención. Lograr una vida saludable, conseguir una calidad de vida adecuada, alcanzar el bienestar, ser feliz, etc. tienen una parte de creación social. Sólo en las sociedades del primer mundo, donde las necesidades básicas están en cierto grado garantizadas, es posible preocuparse por el futuro, por el logro del

bienestar biopsicosocial. En última instancia, las circunstancias condicionan que las personas lleguen a valorar la salud, el bienestar y, por tanto, se impliquen en conductas dirigidas a prevenir su pérdida. Sin la existencia de la motivación derivada de esas necesidades, no tiene sentido pensar en una labor preventiva.

1.1.2. Construcción social de los problemas

Dentro de esta perspectiva, los problemas sociales se podrían definir como un aspecto o una condición real (objetiva) o, en ocasiones, imaginaria (subjetiva), que tiene lugar en un contexto sociomaterial concreto; que afecta a un grupo más o menos amplio de personas; que se considera indeseable; que preocupa a las estructuras sociales, y que, por último, resulta necesario hacer algo, a nivel individual o colectivo, para evitarlo, reducirlo o solucionarlo.

Existen dos grandes formas de conceptuar los problemas. La primera parte de una fe desmedida en la imparcialidad de la ciencia. Según esta visión son problemas sociales aquellos que son etiquetados como tales a partir de un análisis riguroso y objetivo de la realidad. Son las cuestiones identificadas por la investigación las que deben ser consideradas problemáticas. Desde esta perspectiva, los criterios a tener en cuenta para establecer las prioridades sociales deberían incluir consideraciones como la extensión de un problema dentro de una población o la gravedad de sus consecuencias. Esta perspectiva científicista resulta parcial y no sirve para comprender por qué se etiquetan ciertas conductas como problemas sociales y no otras. Como alternativa complementaria se ha formulado la perspectiva subjetivista (construcción social de los problemas). Este planteamiento establece que los problemas están condicionados, en gran medida, por los valores e intereses de las clases dominantes. Éstas, a partir del control de los canales de comunicación social, fijan la atención de la opinión pública sobre aquellas cuestiones que deben ser consideradas como problemas y ocultan aquellos otros aspectos que no conviene que sean tenidos en consideración. Por otro lado, el control de los recursos materiales y sociales también permite a estos grupos de presión incidir sobre la ciencia. Por ejemplo, bajo el establecimiento de áreas de investigación prioritarias en las que se concentran los recursos y otras que difícilmente pueden ser financiadas. Explicado de otra forma, los recursos siempre limitados (más aún en campos como la investigación) se canalizan para investigar lo que interesa social y políticamente; esto acontece independientemente de que los datos objetivos confirmen la relevancia o no de esas áreas.

1.1.3. Construcción social del riesgo

La vida consiste en arriesgarse ante un futuro siempre incierto. Cuando hacemos frente a una situación con cierto grado de incertidumbre debemos asumir algún riesgo. Unos riesgos son más previsibles que otros, pero, en cualquier situación, existe cierta zozobra e indeterminación. En conjunto, se puede hablar de una *sociedad del*

riesgo (Beck, 1998). No tiene sentido plantear cómo evitar los riesgos, pues sería tanto como plantear el logro de una existencia totalmente predecible, cómo fomentar una vida plagada de monotonía. La cuestión debería ser cómo gestionar los riesgos que se asumen tanto individual como colectivamente. Se trata especialmente de aquellos relacionados de una forma u otra con el deterioro de la salud y la calidad de vida (la calidad de los alimentos, el ruido ambiental, el estrés social, las ondas electromagnéticas, la pobreza, etc.).

El concepto de hombre prudente, racional, responsable es, generalmente, una ilusión. No se puede vivir con riesgo cero. Vivir en un mundo plagado de amenazas y pretender hacerle sin asumir riesgos constituye una ilusión inalcanzable. Son muchos los investigadores que se dedican a cuantificar los riesgos de que aparezcan problemas concretos asociados a distintas dimensiones de la existencia humana. Se habla del riesgo a enfermar, a sufrir un accidente, a tener hijos con deficiencias, a quedar en el paro, en fin, riesgo a casi todo. Esto genera incertidumbre y ansiedad en el proceso existencial. Incluso, puede llegar a provocar en las personas *inseguridad ontológica*. Los ciudadanos viven en una sociedad en la cual el riesgo estadístico amenaza y genera preocupación (Giddens, 1993). Pretender que las personas vivan en función de las estadísticas, analizando el riesgo que se asume a la hora de realizar una u otra conducta, a la hora de tomar una u otra decisión no tiene sentido. Las estadísticas, los riesgos, las probabilidades tienen sentido dentro de la Ciencia de la Prevención en cuanto análisis de la realidad a nivel poblacional, pero carecen de relevancia cuando el análisis se hace a nivel individual. El hecho de que sea mayor el riesgo de sufrir un infarto en aquellas personas que fuman, beben o comen demasiadas grasas es muy útil para promover actuaciones dirigidas a prevenir ese problema sobre una población, pero, a nivel individual, muchos de esos riesgos carecen de sentido, siendo necesario realizar un análisis concreto de cada caso.

Igual que las necesidades y los problemas, el riesgo también es algo socialmente construido. Y la gestión política del riesgo tiene en cuenta, además del riesgo para la salud y el bienestar para las personas, las consecuencias sociales y económicas asociadas a su control. Así, en muchas ocasiones, esos costes pesan más que las consecuencias para el bienestar; prima entonces la mentira, la confusión, el despiste, el aquí no pasa nada y todo está bajo control. Las situaciones de riesgo nunca se evalúan en un vacío social y contextual, sino dentro de unas determinadas coordenadas socioculturales. Es lo que se conoce con el nombre de construcción y amplificación social del riesgo. Los riesgos son percibidos, gestionados y comunicados en función de los intereses políticos y económicos de los grupos de presión de cada momento. En la construcción social del riesgo existe un doble proceso:

- a) Una vertiente objetiva, que sería el riesgo como tal sin otra valoración.
- b) Una perspectiva subjetiva, que vendría a ser la interpretación individual y social que se le da al hecho objetivo del riesgo.

De ahí que, aunque, generalmente, exista un elemento real o empírico del riesgo, lo que le otorga una dimensión social es la valoración que se haga de él. Por ejemplo, existen trabajos que, por las condiciones en las que se desenvuelven, deberían ser

considerados objetivamente factores de riesgo de muchos accidentes o enfermedades (la pesca, la minería...). Pero de ahí a que lleguen a ser concebidos socialmente como tales hay un largo camino que se ve condicionado por la necesidad social de mantener esos puestos de trabajo. En definitiva, los riesgos no son simplemente el resultado de un análisis objetivo de la realidad. Hay mucho de creación social y manipulación a la hora de establecer los factores de riesgo relacionados con los problemas sociales. Cuando hay intereses políticos y económicos por medio, los resultados de la investigación son habitualmente cuestionados. Los resultados se califican como provisionales, metodológicamente incorrectos, inciertos... En muchas ocasiones, se trata de buscar disculpas, justificaciones o aplazamientos que permitan dar largas al problema y seguir lucrándose a pesar del riesgo que ciertas prácticas puedan suponer para la vida de las personas.

Los medios de comunicación social juegan un papel importante en la creación social del riesgo. Así, cuanto más atención se le preste en los medios a la relación existente entre una situación determinada y la aparición de un problema, mayor conciencia social se creará acerca de esa situación como factor de riesgo.

También es muy relevante la globalización en la construcción social del riesgo. De este modo, se puede hablar de una sociedad de riesgo mundial, o globalización del riesgo. En ella, las situaciones de riesgo que afectan a un grupo de ciudadanos (por ejemplo, la sequía, las inundaciones, los actos terroristas) dejan de ser propias de una colectividad o de una región geográfica concreta y se convierten en una preocupación generalizada. En el cuadro 1.1 se exponen algunos de los factores que afectan a la evaluación de los riesgos.

1.1.4. Construcción social de la prevención

La Ciencia de la Prevención pretende reunir y sistematizar el conocimiento existente sobre los procesos de cambio dirigidos a promover una calidad de vida adecuada. Pero como cualquier otra dimensión del conocimiento humano se ve socialmente determinada. Por una parte, al centrarse en los problemas de mayor relevancia social, se ve influida por las prioridades marcadas políticamente, independientemente de que esas prioridades coincidan con las derivadas de un análisis más objetivo de la realidad. Pero el condicionamiento social va más allá. Afecta también a las concepciones teórico-prácticas sobre qué hacer para cambiar la situación existente. Dicho de otra forma, los determinantes socioculturales no sólo apuntan qué problemas resolver, los factores de riesgo sobre los que actuar o los objetivos a lograr. Inciden también sobre los procedimientos escogidos para evitar su aparición. Esto debe ser así ya que, al margen de la eficacia mostrada por las estrategias preventivas concretas, para que lleguen a ser útiles en la práctica, deben ser socialmente aceptadas y, si no se logra esto, los esfuerzos realizados difícilmente podrán dar sus frutos.

Para la prevención se deben tener en cuenta las dos realidades que se dan en un fenómeno. Está la realidad objetiva, que permite identificar las causas del problema, su posible evolución, la relación que tiene con otros fenómenos, el colectivo de per-

sonas más susceptibles, etc. Pero, al mismo tiempo, hay que considerar la imagen social (realidad subjetiva) que existe sobre el problema, ya que la intervención se debe llevar a cabo dentro de una realidad sociomaterial concreta, siendo fundamental para el éxito de la misma que ésta sea aceptada por la comunidad en la que se vaya a aplicar. Sin esta condición difícilmente se podrá lograr la motivación de la comunidad o las personas para poner en marcha las acciones necesarias para lograr el cambio. La imagen social de un fenómeno puede carecer de validez objetiva, pero tenerla en cuenta permite anticipar resistencias, corregir ideas erróneas, cambiar actitudes, elegir las estrategias de actuación más adecuadas, etc.

Cuadro 1.1. Factores que afectan a la evaluación, por parte del público, de los riesgos. Modificado de McCallum (1995)

Gran preocupación		Escasa preocupación
Agrupación en el tiempo y el espacio	Potencial catastrófico	Separados en el tiempo, aunque haya un goteo continuo
Novedad	Familiaridad	Familiaridad
Poco conocimiento de los mecanismos de acción	Comprensión	Conocimientos de los mecanismos de acción
Imprevisible	Incertidumbre	Previsible
Ausencia de control personal	Controlabilidad	Control personal
Involuntariedad	Voluntariedad de la exposición	Voluntariedad
Víctimas identificables	Identificación de las víctimas	Víctimas no identificables
Alerta por parte de instituciones creíbles	Confianza institucional	Alerta por parte de instituciones poco creíbles
Mucha atención de los medios	Atención de los medios de comunicación	Poca atención de los medios
Historia de accidentes graves	Historia de los accidentes	Actividades que no tienen historia
Beneficios no claros	Claridad de los beneficios	Beneficios claros
Efectos adversos irreversibles	Reversibilidad	Efectos adversos reversibles
Atribuible a las acciones humanas	Atribución	Origen natural
Afectan directamente a uno mismo, familiares o amigos	Implicación personal	No sitúa a uno en riesgo

Cuadro 1.2. Características de las perspectivas acerca del estudio de los problemas sociales (Rubington y Weinberg, 1989)

Definición del problema	<ul style="list-style-type: none"> Violación de normas sociales. Conflicto de valores entre los grupos de interés. Etiquetaje de la desviación social como desequilibrios o patologías. Amenaza a los intereses de grupos de presión. Consideración crítica de los problemas sociales.
Causas y condiciones de los problemas	<ul style="list-style-type: none"> Fracaso en el proceso de socialización. Adquisición de procesos de conductas desviadas o ilegales. Patologización de los procesos de burocratización social. Ruptura del proceso de equilibrio social. Falta de controles sociales y subjetivos en los individuos. Globalización de los procesos socioeconómicos y deshumanización social. Excesivo individualismo, y falta de solidaridad social.
Consecuencias	<ul style="list-style-type: none"> Quebrantamiento de la estructura social dominante. Aumento de los comportamientos egoístas. Mayor conflictividad social. Exagerada influencia de los grupos de presión. Aumento de los sentimientos de anomia y extrañamiento de los individuos. Aumento de los sentimientos de fatalismo e indefensión individual y colectiva.
Soluciones/prevención	<ul style="list-style-type: none"> Lucha por la recuperación del equilibrio social. Hacer énfasis en los aspectos positivos de la calidad de vida (modelo de competencia). Promoción de sociedades más tolerantes. Búsqueda de consenso social. Procesos de socialización centrados en la promoción del bienestar. Desarrollo socioeconómico integral y sostenible. Considerar los problemas sociales como solucionables.

Toda forma de definir los problemas y de establecer las causas de los mismos y sus probables consecuencias está cargada de cierto componente subjetivo (cuadro 1.2). Por lo tanto, cualquier alternativa de intervención que se proponga para resolver un problema está determinada por una concepción parcial y sesgada del mismo. Las definiciones científicas también. Desde el momento en que se parte de un modelo teórico concreto se están asumiendo ciertos supuestos socialmente condicionados. No existen alternativas socialmente neutras. Todas están mediatizadas en mayor o menor medida por intereses creados. Los remedios a los problemas sociales tienen, en definitiva, un importante componente de decisión política.

No cabe hablar de una ciencia social imparcial. De alguna forma, todo conocimiento científico viene condicionado por los intereses políticos existentes en cada momento. Esto es muy relevante en el caso de un campo social como el de la prevención donde lo que se busca sobre todo es promover cambios para evitar la aparición de problemas o el fomento de la calidad de vida. En este sentido, el objetivo de la

Ciencia de la Prevención es conocer cómo se puede cambiar la realidad existente a partir de lo que la gente cree, dice o hace.

1.2. ¿Malestar en el sistema sociocultural?

El ser humano es intrínsecamente social. Los estilos de vida heredados culturalmente determinan en gran medida la conducta de los individuos. La cultura está constituida por un repertorio, transgeneracionalmente transmitido, de modos o estilos de pensar, sentir, valorar o comportarse. Todo ello sirve para que las personas sepan qué hacer y a qué atenerse en el proceso de vivir. Esto no significa que las prácticas culturales o los estilos de vida sean algo impersonal, abstracto e inmodificable. Están fuertemente determinados por la herencia cultural, pero las personas pueden, de forma individual o colectiva, incidir sobre ellos y modificarlos para adecuarlos a la realidad sociomaterial que les ha tocado vivir. Admitir la posibilidad de cambio de esa realidad es una condición necesaria para poder hablar de una intervención social dirigida a mejorar la calidad de vida de las personas.

Desde esta perspectiva se puede concebir el malestar sociocultural, al que tan frecuentemente se hace referencia hoy en día, como un reflejo de esa necesidad de adaptar las prácticas culturales heredadas a los tiempos modernos. En este sentido, no es cierto que la época en que vivimos se diferencie de las anteriores por la existencia de una crisis de valores o de expectativas. Siempre ha habido crisis. Se podría llegar a afirmar que el devenir histórico es una crisis continua. Cambia el origen y el sentido de las mismas, pero éstas siempre están presentes y son el motor que hace cambiar nuestra cultura. Basta con leer a los clásicos para darse cuenta de ello. Así, por ejemplo, la caída del imperio Romano no se debió únicamente a la decadencia del imperio militar, sino que también estuvo muy relacionada con la decadencia moral de su cultura.

Siempre ha habido un cierto grado de malestar con la cultura imperante. Lo que sucede hoy en día no es, ni más ni menos, que lo que ha venido aconteciendo en otros muchos momentos a lo largo de la Historia. No hay una crisis acuciante en el futuro de la juventud, ni se va hacia el final de la historia o hacia el cataclismo moral. Son sólo las mentes rígidas y esclavas de las tradiciones, las que piensan de esta forma y pretenden crear una imagen de la sociedad actual donde los valores morales han decaído, donde la juventud no sabe lo que quiere y donde todo va de mal en peor. La dramatización de la situación actual no conduce a nada positivo. Esta forma de ver el mundo no ayuda a afrontarlo adecuadamente, se limita a confundir e intentar mantener vivas unas creencias e ideologías que posiblemente hayan dejado de ser funcionales.

Han sido diversas las perspectivas que han reflexionado sobre el tema de las crisis sociales. A modo de ejemplo y sin ánimo de exhaustividad, consideramos algunas relevantes y que incluyen explicaciones clásicas como las derivadas de la tradición psicodinámica, conductual o biologicista y otras más modernas relacionadas con el pensamiento postmoderno.

Un lugar destacado lo ocupa la perspectiva psicoanalítica. Freud en *El malestar en la cultura* (1988a) admite que la neurosis es el precio que tiene que pagar el ser

humano por haber nacido en sociedad. El pensamiento freudiano que apunta a la universalidad del conflicto entre el *principio de placer* y el de *realidad* concibe una cultura esencialmente represiva. El esquema subyacente en este modelo plantea que la represión del instinto permite que los individuos realicen un trabajo socialmente útil y, de esta forma, contribuyan a la construcción y mantenimiento de la civilización. El precio que se paga por vivir en sociedad es la represión del instinto sexual y de la agresividad. Esta represión, sin embargo, puede causar un gran malestar, ya que es la causa originaria de la aparición de las neurosis. Por tanto, el malestar individual con la cultura no tiene solución, ya que es inherente al surgimiento mismo de la civilización.

Dentro de posiciones psicodinámicas aparecen otros modelos más optimistas. Por ejemplo, Marcuse en *Eros y Civilización* (1981) propone cambiar esta perspectiva negativa por otra más esperanzadora. Su tesis es que una civilización madura sería aquella en la que se logra que la liberación instintiva (y no su represión) se convierta en trabajo socialmente útil. En el fondo se plantea que una sociedad madura debería lograr el adecuado ajuste entre las necesidades individuales y las demandas que la sociedad les impone. Esta nueva posición ante el conflicto individuo-sociedad se hizo posible dentro de la tradición psicodinámica al relativizar la importancia de las pulsiones relacionadas con la libido y concediendo más importancia a motivaciones de naturaleza psicosocial.

Una alternativa a la orientación psicoanalítica es la perspectiva *materialista*. Aquí el malestar en la cultura se manifiesta en la insatisfacción con las contingencias de reforzamiento. La felicidad de los hombres se relaciona con la cantidad de reforzadores presentes en su contexto y el acceso que tiene a ellos a través de su conducta. El malestar cultural surge de una *sociedad anómica*, donde las metas socialmente deseables (éxito, riqueza, triunfo, etc.) son inalcanzables para la mayoría de la población si se atienen a los cauces socialmente establecidos (trabajo, esfuerzo, dedicación) (Merton, 1968).

Una tercera orientación para explicar el malestar en el sistema sociocultural actual es la *biológico-evolutiva*. Está representada, principalmente, por los trabajos de la etología y de la sociobiología. La idea rectora es que el hombre tiene un acervo genético-evolutivo incongruente o desfasado para la dinámica sociocultural que se ha ido creando. Las reacciones adaptativas del ser humano ante las amenazas del contexto en el que vivimos han dejado de ser adaptativas y sólo son fuente de estrés y ansiedad. Los individuos nos encontramos inmersos en un entorno para el cual no estamos genéticamente preparados.

En cuarto y último lugar está la perspectiva que hace énfasis en el denominado malestar de la modernidad. Su objetivo es el de reflexionar acerca de las consecuencias que tiene lo que se ha dado en llamar modernidad o posmodernidad. Muchas de sus características se pueden encuadrar dentro de la denominada *sociedad del riesgo*. Según esta orientación parece que el contexto sociocultural actual es el peor de todos los tiempos. Algunos de los síntomas de la *enfermedad de la modernidad* son:

1. Una excesiva racionalización de la vida individual y social (razón instrumental) por parte de instancias que los ciudadanos no pueden controlar.

2. Falta de solidaridad entre los seres humanos y un excesivo individualismo.
3. Pérdida de significado del proceso existencial, y como consecuencia aparición de la apatía, el aburrimiento y la justificación de la vida en base a refuerzos extrínsecos y materiales.
4. Angustia crónica por vivir en una constante situación de riesgo como si la destrucción de la humanidad y de la propia vida estuviese fuera del control personal o social.
5. Una existencia fundamentada en la simulación, en el poder de la apariencia, la imagen social, con todo lo que ello conlleva de falta de autenticidad y coherencia existencial.
6. Una pérdida de valor de las ideologías clásicas, sin que sean sustituidas por otras alternativas.
7. Un vivir cada vez más en una realidad diferente, que viene a ser un universo virtual y globalizado.
8. El surgimiento de nuevas situaciones de conflicto para los individuos.

Más allá de la perspectiva que se asuma, las consecuencias del malestar en la cultura se manifiestan en dos niveles. A nivel cognitivo-motivacional se produce una cierta desesperanza y desazón por cómo está la sociedad. La ansiedad generalizada, la prisa crónica, el vivir como si la vida fuese eterna, la falta de conciencia sobre lo que debería significar la existencia, son manifestaciones del desasosiego existencial. La desesperanza, la competitividad crónica y el centrarse exclusivamente todo en lo material, es tan perjudicial como el esperar que todo venga dado y solucionado por entidades sobrenaturales. Por otra parte, a nivel conductual se afianza un estilo de vida al límite, una búsqueda impulsiva de nuevos estímulos y sensaciones; una lucha obsesiva por refuerzos inmediatos; la evitación del dolor y del sufrimiento; el predominio de los intereses macroeconómicos por encima de los de las personas; el refugiarse en las religiones, olvidándose de que para solucionar un problema hay que actuar, etc. Todo esto provoca que los individuos se comporten de una forma desordenada, no teniendo claro lo que se hace y para qué se hace.

El malestar sociocultural actual habría pues que contextualizarlo en una sociedad caracterizada por el fomento de un individualismo extremo. En él las ideologías dejan de tener sentido como guía de la existencia. Importa mucho más el parecer que el ser, convirtiéndose cualquier aspecto de la existencia en una ocasión para satisfacer la necesidad de aparentar. En este contexto, surge lo que podríamos denominar la edad de la ansiedad, de la melancolía o la era del vacío. Se caracteriza por la aparición de un sinnúmero de patologías tales como la depresión crónica o el suicidio, la pérdida del sentido de la vida; la aparición de conductas compulsivas como el consumo de drogas, el juego, la televisión, el sexo, la compra, etc. o la búsqueda de respuestas espirituales que ponen a muchas personas en riesgo de involucrarse en sectas destructivas. Estas prácticas en el fondo no son más que intentos por llenar huecos de una existencia sin sentido. Nada está libre de convertirse en patológico. Por ejemplo, el trabajo, que antaño había sido considerado como el medio a través del cual las personas lograban su autorrealización, puede llegar a plantearse como un fin en sí mismo. Esto ha desencadenado en algunos casos la aparición de la adicción

al trabajo, que puede llevar incluso a la muerte por sobrecarga. El trabajo ya no parece satisfacer a las personas. Éstas se cansan y se aburren. Sufren desgaste psicológico o *burnout*. La corrupción y el tráfico de influencias no generan más que desmoralización. La dinámica de la cultura laboral es injusta. Los trabajadores se sienten moralmente acosados (*mobbing*) y jerárquicamente intimidados (*bullying*). Se llega incluso a hablar de "psicoterror laboral". Procesos similares suceden con otras conductas como el deporte, que en la medida justa, representan un hábito positivo y saludable. Pero dentro de un contexto cultural donde lo importante es el consumo, la competitividad y el éxito personal, el deporte puede convertirse en una conducta adictiva más.

Todo esto, y mucho más, está reforzado por el sistema social imperante. En él, los criterios economicistas priman por encima de cualquier otro. Además, a diferencia con tiempos pretéritos, se cuenta con mecanismos de influencia social al servicio del mercado con gran poder de persuasión y que llegan a todas partes. Los medios de comunicación, convertidos en empresas, se mantienen y crecen gracias al fomento del consumo. El criterio último de eficacia viene condicionado por los índices de audiencia. Todo vale con tal de mantener o incrementar el número de personas que ven, leen o escuchan tal medio de comunicación. Con ellos, se logra más y mejores contratos de publicidad. De dichos contratos se obtienen recursos económicos para hacer posible una comunicación más o menos manipulada. Otros criterios de valoración como la calidad, el beneficio social, el valor pedagógico, etc. son secundarios y se supeditan al valor primario de la audiencia. Los medios de comunicación se han convertido en siervos de la economía de mercado y del poder político dominante.

La situación presentada no es demasiado ilusionante, pero es lo que hay. Es dentro de este contexto donde tienen que llevarse a cabo las intervenciones sociales dirigidas a mejorar la calidad de vida de las personas. Como el mundo en el que vivimos ha sido construido socialmente, nada en él es inevitable o inmodificable si existe un interés real por cambiar las cosas. Analizando la realidad, fijando objetivos claros y concretos y planificando adecuadamente las intervenciones se pueden diseñar actuaciones que modifiquen esta realidad. En todo este proceso está implicada una dimensión política y otra técnica. Corresponde a los responsables políticos fijar las prioridades y marcar objetivos, mientras que deberían ser los técnicos los que aportasen los datos sobre los problemas, diseñasen, planificasen y aplicasen las intervenciones y evaluaran los resultados de las actuaciones. Muchos de los fracasos y conflictos surgidos en el ámbito de intervención social se han debido a un conflicto de papeles. Algunos políticos quieren ejercer de técnicos y muchos técnicos quieren hacer de políticos.

1.3. Principio de responsabilidad social

El malestar social desde la Ciencia de la Prevención puede ser visto como algo muy positivo. De hecho puede constituir una importante fuente motivadora para impulsar los cambios sociales. Esto lógicamente tiene sentido si se admite cierto grado de responsabilidad de los individuos o las comunidades en la determinación de su

futuro. Sin esto, la Ciencia de la Prevención no tiene sentido. Las personas, individual o colectivamente, deben sentirse responsables de lo que les acontezca. De otra forma, la motivación para evitar lo negativo sería inexistente y la acción preventiva sería imposible. La elección de un comportamiento u otro se ve sometido a innumerables presiones, pero en último término, es la persona la que toma la decisión de comportarse de un modo determinado, y son esos comportamientos los que incrementan o reducen el riesgo de sufrir ciertas patologías o los que refuerzan la salud. Es a partir de la conciencia de este hecho desde donde se puede animar a los individuos y a las comunidades para implicarse en conductas preventivas. Desde esta perspectiva se enfatiza la motivación intrínseca y la autodeterminación en el cuidado de la salud.

Es necesario rechazar el fatalismo sociocultural. Cuando hay responsables es posible generar cambios. Las personas a nivel individual o las *minorías activas* a nivel social, pueden cambiar ciertos aspectos de la situación actual. Las prácticas socioculturales establecidas no son destino inevitable, sino que pueden ser modificadas. El ser humano buscará mil artimañas para justificar sus conductas y eludir su responsabilidad personal. Atribuir nuestras conductas y las consecuencias que de ellas se derivan a agentes no controlables como los determinantes inconscientes de nuestra personalidad, a las omnipresentes contingencias de reforzamiento, a aspectos genéticos, a fuerzas sobrenaturales, al determinismo cultural, etc. cumplen una importante función psicológica, pero constituyen una importante barrera que hay que superar. No sólo anulan toda posibilidad de crítica constructiva, sino que también colocan las soluciones fuera de su alcance.

No se debe culpar a los sujetos de sus desgracias. Pero exculparlos de toda responsabilidad hace inviable cualquier intento de cambio. Si no hay responsables, ¿qué sentido tienen los programas de prevención? Si las consecuencias para la salud no se derivan en algún grado de las conductas realizadas, ¿para qué promover el cambio conductual? Sólo aceptando cierto grado de responsabilidad sobre lo que nos ocurre se puede llevar a cabo una aproximación realista a la teoría y práctica de prevención.

La dignidad humana está en admitir su responsabilidad, el sentimiento de control y el conocimiento para la construcción de un futuro con mejor calidad de vida. Todo esto dentro de un proceso de no culpabilización de las víctimas. Las conductas de los individuos vienen determinadas por unas condiciones sociomateriales concretas de las que no se pueden evadir. Es necesario tenerlas en cuenta a la hora de comprender la conducta, pero no deben servir para exculpar completamente a los individuos de lo que les ocurra. Es necesario admitir cierto grado de responsabilidad en su situación personal para poder fomentar el cambio. El propio proceso atribucional por el cual los individuos se exculpan o se culpabilizan de lo que les acontece puede ser útil para facilitar el logro de una mejor calidad de vida. La adaptación de la explicación de Weiner (1995) al campo de la prevención se presenta en la figura 1.1.

Las personas que no logran alcanzar una calidad de vida adecuada pueden atribuir su fracaso a causas controlables (la realización de conductas como el fumar, beber, conducir a excesiva velocidad) o a causas incontrolables (la polución, las bebidas de mala calidad, el mal estado de las carreteras). Realizar un tipo de atribución u otro tiene importantes repercusiones para la actuación preventiva. En el primer

caso, será posible promover el cambio hacia conductas más saludables. Las personas admiten su responsabilidad en lo que les pasa y será relativamente fácil motivarlos para que abandonen hábitos perniciosos para su salud y adopten otros más positivos. En el caso de la atribución incontrolable, el cambio conductual será mucho más difícil. Al no admitir su propia responsabilidad en lo que les ocurre, difícilmente se les podrá motivar para que modifiquen su conducta actual para evitar la aparición de consecuencias desagradables.

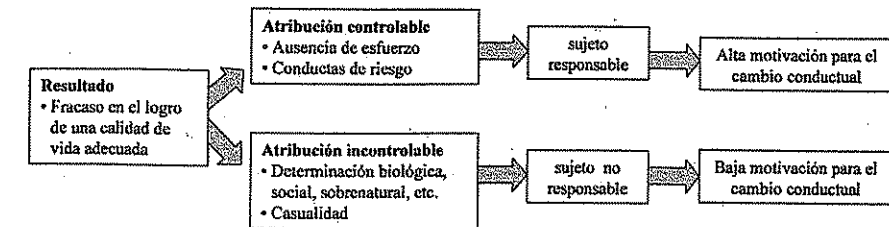


Figura 1.1. Relación entre la atribución y la conducta preventiva.

1.4. Conclusión e implicaciones

El contexto sociomaterial que se ha ido creando y transmitiendo a lo largo de las generaciones condiciona la realidad en la que viven las personas. En gran parte determinan también la propia naturaleza de los individuos. En la medida en que el ser humano es un ser social, su forma de pensar, sentir y comportarse viene determinada por la realidad sociomaterial en la que le ha tocado vivir. Pero admitir esto no significa concebir a las personas como entes pasivos. El malestar sociocultural no es nada nuevo. A lo largo de los siglos, parece una constante la existencia en las personas de cierto grado de insatisfacción con las condiciones en las que les ha tocado vivir. Ante esta situación, la mayoría optaron por la aceptación resignada de su destino, pero otras prefirieron revelarse y luchar por cambiar sus condiciones de vida. Estas fueron consideradas en su tiempo como locas o revolucionarias, pero con el paso del tiempo se les reconoció sus esfuerzos y a ellas debemos la mayoría de los logros alcanzados por la humanidad.

En el campo de la intervención social muchos de los problemas a los que deben dar respuesta vienen determinados por las condiciones de vida preestablecidas y los individuos o las comunidades tienen escasa responsabilidad en su aparición. Pero si son responsables de perpetuar la situación heredada o modificarla por medios de sus actos. Muy poco se puede hacer desde las ciencias sociales si previamente no se logra concienciar a las personas o a las comunidades de esta realidad.